



## Un tesoro

Cabello rubio, en mechones rizados, caía sobre la carita sonriente de la pequeña Avis. Estaba contenta, más que eso, desbordante de alegría y emoción: su papá le había dicho que por fin podrían ir a la vieja casa abandonada por tantos años y que estaba tan llena de tesoros.

- ¡Tesoros! –decía ella-. ¿Cuáles serán esos tesoros? –y en su mente empezaba a desfilarse mil ideas acerca de ellos. Se imaginaba la casa llena de juegos, tal vez hermosos juguetes, que ella misma les estaba dando vida; ya los sentía, los gozaba y los vivía.

El tiempo no importaba, ella en su imaginación jugaba con la muñeca que caminaba al lado suyo con el vestido que le había puesto, el dorado, el especial para el gran baile. ¡Sí!, era el juego más hermoso imaginado.

En esos momentos su atención se centró en la imagen de su viejo abuelo que desde hacía rato la había estado observando.

- ¡Abuelo! –dijo-. No te oí llegar. ¡Hola!, ¿cómo estás?

El abuelo cariñoso sonrió.

-Hija, ¿a qué juegas? –preguntó.

La pequeña empezó a platicarle aquella novedad acerca de la vieja casa y de los tesoros que en ella estaban, le comentó acerca de lo que ella creía que encontraría ahí y de lo alegre que estaba por eso.

- ¡Vamos! –Le dijo al abuelo-, quiero compartir contigo esta emoción, quiero que juntos veamos lo que ahí nos espera, será tan hermoso.



Cuando finalmente llegaron a la casona, el corazón de Avis se oía latir emocionada, sus mejillas se veían encendidas y sus hermosos ojos parecían hablar y gritar mil impresiones.

- ¡Abuelo, ven, corre conmigo al tesoro! ¡Hay que buscarlo! –gritaba la niña.

Cuando el abuelo entró a la vieja casa con su paso lento y cansado, encontró a Avis irreconocible, despeinada, triste, llorando al tiempo que decía:

- Mi papá me engañó, no hay nada, no hay ningún tesoro, sólo hay polvo, telarañas, moscos y nada, aquí no hay nada, todo esto es feo, viejo e inservible.

El anciano se acercó a la pequeña, le acarició el cabello, la cara, sus manos, y fijó sus amorosos ojos en los húmedos ojitos de ella.

- En esta casa – dijo -, se encuentran los más bellos tesoros que pueda tener el ser humano; los recuerdos... sí, esta casa está llena de recuerdos, de voces, de ruidos, de pasos, de risas y de cantos de los que aquí vivimos. Si yo me paro en esa puerta ahora, en este momento estoy viendo a tu padre, lo estoy oyendo, lo estoy sintiendo, como si estuviera aquí. Si recorro cada salón puedo platicarte una historia o dos o tres o mil de cada uno de ellos, ¿tú te imaginas la cantidad de tesoros que hay aquí?

Los recuerdos son todas esas posibilidades de disponer de hechos pasados, de alegrías vividas, de momentos agradables e importantes que te han formado, que han formado tu ser, tu vida.

La pequeña oía atenta y preguntó:

- ¿Y los recuerdos tristes?



- Hija mía – le dijo el abuelo -, si quieres buscar la felicidad en tu vida y en la de las personas que amas, olvida los recuerdos tristes y amargos, recuerda sólo las cosas bellas y a las personas buenas que has conocido, tenlas siempre en tu memoria y así nunca estarán muertas, nunca hará falta en tu vida un estímulo, una alegría, una satisfacción y un tesoro.

La pequeña Avis sonrió.

- ¡Abuelo! ¡Papá tenía razón, descubrí un tesoro!

**Fuente:** Villanueva C., R. (2017). *Un Tesoro*. Entre canas, arrugas y amor. Hacia una cultura de Derechos Humanos. México; Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

